Ernesto De Martino y México

Enzo Segre *

¿Qué sentido tiene introducir a Ernesto De Martino en la cultura mexicana? Atención: he dicho en la cultura mexicana, no sólo en la antropología mexicana. En mi opinión, esto responde, entre otras razones, a que en estos tiempos los contornos que dividen las distintas disciplinas humanísticas y sociales se han esfumado más, hasta casi desaparecer.

Es un acontecimiento que va más allá de la colaboración interdisciplinaria de la que se comenzó a hablar y cuya práctica fue estimulada hace unas décadas. Las fronteras entre antropología, sociología, sociología e historia de las religiones, psicología social, psicoanálisis y psiquiatría, historia y otras ciencias sociales y humanas se han esfumado y sus contenidos, o parte de ellos, pueden ser compartidos. Esto ocurre también en lo que se refiere a teorías y metodologías antes diferenciadas.

La personalidad cultural de Ernesto De Martino es tal, que resulta impropio encasillarlo estrechamente en una especialización, incluso en la antropología, cuyos contornos son tan vastos; y mucho menos en la antropología italiana naciente de su época.

Octavio Paz escribió que el sur de Italia y México constituían los polos extremos de lo que fue el imperio español. Esa observación del gran escritor no es una constatación geográfica; remite a una reflexión acerca de ciertos procesos históricos que, en su respectiva especificidad, los dos países han compartido. La decadencia del imperio español, su omitido encuentro con la modernidad que se gestaba en otros países de Europa y América, arrastró consigo a sus colonias, entre ellas la Nueva España y el reino de Nápoles.

Si interpretamos en sentido metafórico el título del libro de Carlo Levi, *Cristo se detuvo en Eboli,* quizá sea lícito observar que no hay sólo una Eboli italiana sino Ebolis mexicanas. Me parece que es posible aclarar la metáfora poniendo en relieve no sólo los límites de la evangelización católica del sur de Italia y de las regiones indígenas de México, con los consiguientes procesos de resistencia cultural y sincretismo católico-pagano, sino también los límites de la expansión y de la penetración cultural nacional de Italia y México en esas mismas áreas.

Me parece que la antropología de Ernesto De Martino, de una peculiaridad muy marcada de cara a la de otros países, debe su originalidad y, diría yo, su herejía, al hecho de nutrirse del pensamiento idealista.

* Antropólogo cultural. Investigador del departamento de antropología de la UAM-Iztapalapa.

Traducción de Alfredo Gurza González

La antropología británica y francesa descienden en línea directa del pensamiento ilustrado, del positivismo y del evolucionismo biológico y social. Sus relaciones con las ciencias naturales han sido muy estrechas e incluso de dependencia. La antropología demartiniana da sus primeros pasos poco antes de la Segunda Guerra Mundial, en una Italia fascista trenzada en mortal abrazo con la Alemania nazi. El idealismo crociano del Palacio Filomarino, el ambiente antifascista que lo rodeaba, alimentaron su aproximación a la etnología.

Su interés juvenil por los poderes parapsicológicos reflejan existencialmente la amenazante situación política, quizá podríamos decir como la Primera Guerra Mundial había influido –en un juego de reflejos especulares– el pensamiento de Lucien Levy-Bruhl acerca de la mentalidad primitiva, que, por otra parte, tendrá –no por azar– un interlocutor ideal, a veces secreto, en toda la obra de De Martino.

Es el problema de la realidad de la fenomenología parapsicológica lo que atrae a De Martino hacia aquella información etnológica que, en su opinión, podía arrojar luz sobre sus investigaciones y sus inquietudes. *Naturalismo e historicismo en la etnología* (1941), su primer libro, es una obra en la que De Martino va más allá de la crítica idealista tradicional de las ciencias sociales, acusadas de ser ciencias del intelecto y, como tales, en línea con Hegel, seudociencias.

De Martino advierte cómo la etnología impone una auténtica cosificación de su objeto de estudio: los pueblos colonizados. A esto opone una exigencia de humanismo, de rescate ético y cultural, que transforme a los pueblos objeto de la etnología en sujetos históricos, en diálogo activo y solidario con el antropólogo. De Martino intuye la inminencia de procesos de descolonización y rebasa con mucho la crítica de Croce de la sociología: los hechos sociales que, a la manera de Durkheim, deben ser tratados como cosas, son en cambio elevados a la categoría de hechos históricos. Desde su primera obra De Martino manifiesta, a la par que su pasión intelectual, una pasión política hacia las masas subalternas y los pueblos colonizados que irrumpían entonces en la historia, como habría de escribirlo pocos años después.

El interés de De Martino por la cuestión meridional no se explica sólo por su origen (cosa que, no obstante, no debe ser menospreciada), sino a partir del hecho de tratarse del problema político nacional italiano por excelencia y no sólo el campo de estudio privilegiado de las tradiciones populares.

La antropología italiana comparte con la antropología mexicana el hecho de que su objeto de estudio sea parte constitutiva del Estado-nación. Se trata de una alteridad cultural, social y económica interna de la nación; la antropología francesa y británica, en cambio (la estadounidense merece ser tratada aparte) hallan *lo otro* fuera de sus fronteras nacionales.

Rito de la tarantella, investigado por De Martino en la década de los años treinta

Si bien está claro que quien esto escribe no cree que el colonialismo haya sido el factor que determinó el nacimiento de la antropología, me parece que –omitiendo legítimas referencias antiguas– la antropología remite, como ciencia social, al decurso intelectual que va de la Ilustración, y me refiero en particular al nexo ciencias naturales-reflexión filosófico-política, y Estado-nación basado en el contrato social, hasta el evolucionismo. Aquí se abre una de las afortunadas contradicciones de De Martino: la de ser un idealista que hace ciencia social, alimentándola con un humanismo historicista que lo conduce a trascender, a veces, sus límites teóricos y los condicionamientos de su tiempo.

Foto: Manuel Ramos

En las páginas de *Sur y magia* dedicadas a la república jacobina y su derrota, provocada por la alianza entre Nelson y las masas *sanfedistas* del cardenal Ruffo –páginas que pueden hacer resonar un eco particular en el lector mexicano que las compare con los años de la Independencia de México– De Martino fija los límites de la racionalidad de la alta cultura napolitana tras la represión y el Tratado de Viena, en la magistral interpretación de la *jettatura*; paradójica e implícitamente, ofrece los precedentes históricos para comprender su propia antropología. Justamente esos acontecimientos, que hirieron de muerte a la Ilustración napolitana y la clausuraron en definitiva a través del hegelianismo de los hermanos Spaventa, el marxismo de Antonio Labriola y el idealismo de Benedetto Croce, sientan las bases fundamentales, si bien no las únicas, de su pensamiento.

Es incluso demasiado conocida la aportación de la fenomenología religiosa, el existencialismo, el psicoanálisis y la psiquiatría a su obra; también se ha puesto de relieve las tensiones y las contradicciones que esos encuentros han provocado: tensiones y contradicciones afortunadas, según mi parecer, que hallan paralelo en su propia pasión vital que se filtra de manera incontenible en su atenta y muy vigilada prosa científica.

Lo que a mí me interesa aquí, en cambio, en consonancia con el título de esta intervención, es recordar la lectura de De Martino de los cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci, que de pronto, tras la guerra, comenzaron a ser publicados y leídos. El léxico de De Martino le debe algo al de Gramsci; pero le debe mucho al patetismo ético político de Gramsci, en especial cuando éste aborda la cuestión meridional.

El problema del rescate de los pueblos meridionales –rescate ya no mágico, sino cultural, político, económico, condición del propio complemento auténtico de la unificación italiana– transforma a De Martino, si bien a su manera, en un intelectual comprometido entre la antropología y la política. Me parece hallar en él algo que recuerda la vocación ética y política de autores mexicanos como Gamio y Vasconcelos, Aguirre Beltrán y Bonfil Batalla. La cuestión meridional tiene algunos aspectos que recuerdan la cuestión indígena mexicana: lo otro es parte del propio Estado-nación del antropólogo; es una alteridad en el interior de la propia casa, que debe asimilarse a la cultura y la economía del Estado-nación. Pero, bien visto, no es tan *otro*; lo es mucho menos de lo que se cree, o se quiere creer. Se trata de un *otro* camaleónico, que se puede metamorfosear y dejar de ser un *otro*, o volver a serlo.

Ernesto De Martino

Muchos han observado que la unidad de Italia y la formación de la cultura nacional fueron procesos de doble sentido, aunque no de fuerza simétrica; hubo una *piamontización* del resto de las regiones de Italia, de diversa manera e intensidad, y la mirada se dirige con especial interés hacia el sur, pero también es cierto que hubo una *meridionalización* de Italia, desde la política y la cultura popular hasta el mismo desarrollo industrial.

Me parece que en torno a la cuestión indígena mexicana es posible hacer, entre tantas otras, las observaciones siguientes: ¿quiénes son los indios? ¿Cuál es la cuestión indígena? Las fronteras son inciertas. Es muy difícil definir quién es indio y si lo es siempre, en cualquier circunstancia, en cualquier lugar. Y está también el problema de quién lo decide y con qué criterios, más allá de la auto y la heteroclasificación.

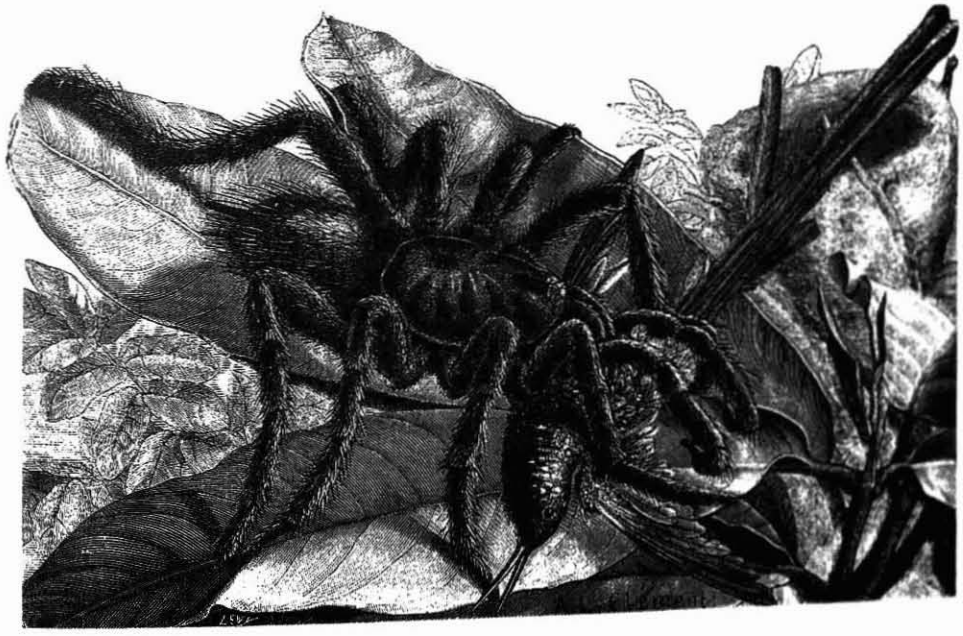
El Estado-nación italiano creó, de alguna manera, la alteridad del sur; no porque la historia meridional precedente no hubiera existido, sino porque con la unificación surgió con toda claridad la especificidad de una tierra distante de Europa, separada de la modernidad por el agua bendita del Vaticano y el agua salada del Mediterráneo.

Pero si el Estado-nación italiano *meridionalizó* el sur, y evidenció la especificidad de su formación histórico-cultural, con sus tradiciones arcaicas, con su catolicismo mágico-ceremonial, con su sincretismo católico-pagano, con su organización político-social ligada al clientelismo y el compadrazgo, con sus latifundios, también es cierto que el Estado-nación mexicano, con su cultura nacional, surcada de raíces indias –genuinas o retóricas– *etniza* las culturas locales, que desde la peri-

feria elaboran estrategias modernas para ingresar a la modernidad. Y si bien es cierto que hubo una *meridionalización* de Italia, también hubo, desde antes de la Independencia de México, una *indianización* de la Nueva España y después, del México Estado-nación.

De Martino es un equilibrista, en un sentido que los antropólogos mexicanos pueden comprender muy bien. Por un lado, es un intelectual todavía del *resurgimiento*, ligado a la formación del Estado-nación italiano y a la cuestión meridional que debe hallar su solución real –no mágico-simbólica– ingresando a la modernidad europea; pero por el otro lado, está muy lejos de considerar el sur de Italia exclusivamente como una tierra del remordimiento, privada de valores por la modernidad. El respeto a las culturas meridionales, en su atraso pero también en su noble profundidad histórica, el respeto a sus raíces mediterráneas, se aproxima mucho a la problemática actual del multiculturalismo.

En los años setenta, cuando las expectativas de los movimientos de 1968 empezaban a parecer cada vez más distantes y la antropología mexicana comenzó a revisar la atención dedicada a los procesos de desarrollo de las relaciones de producción capitalista en el campo mexicano y volvió la atención a los procesos culturales, el pensamiento de Gramsci y parte de la antropología italiana que se venía formando al cobijo del mismo Gramsci y de De Martino, recibieron (pero en especial y con mayor duración Gramsci) una importante atención en México y América Latina. El arribo de Gramsci a México, sobre todo por cuanto toca a la antropología, habría sido mucho más fructuoso si hubiera estado acompañado de la obra de De Martino.✣



La tarántula, tema central del rito de la tarantella